



572



572-2

PLUMA - LÁPIZ

30 C^{rs}

PLUMA Y LÁPIZ



AÑO I

SANTIAGO, VIERNES 19 DE JULIO DE 1912

NÚM. 1

ADMINISTRADOR
ARTURO D'ALENÇON

DIRECTOR
FERNANDO SANTIVÁN

SECRETARIO DE REDACCIÓN
DANIEL DE LA VEGA

DIRECTOR ARTÍSTICO
CRISTÓBAL FERNÁNDEZ

OFICINAS:

MORANDE 432

CASILLA 2443

NUESTRA REVISTA



Estas hojas, que caen á la vida, aprisionadas en las páginas de "Pluma y Lápiz," no provienen árboles de otoñales, ni es el frío del invierno el que las desgajó de la rama; han sido arrancadas de un árbol de perenne verdor, en eterna primavera, para ofrecerlas á los que "han hambre y sed de belleza"...

"Pluma y Lápiz" no llega en son de combate. Es un florido mensajero, como aquellos trovadores de la época caballeresca,—que viene á entretener el hastio de un rudo castellano y á saciar las vagas nostalgias de unas frágiles prisioneras de hierros y muros,—cantando hazañas de esta vida contemporánea: el amor y el odio, el dolor y la alegría, eterna arcilla en que se modela la humana existencia.



Esto en cuanto al público. Para la moderna generación de artistas chilenos, pretende ser un hogar común, un lazo de fraternidad, una tribuna de amplia franqueza, como aquellas modestas revistas

que dirigieron Cabrera Guerra y Augusto Thomson. Su mismo título, "Pluma y Lápiz" pretende ser una evocación de ese pasado de sana, de alegre camaradería intelectual.

No admitimos jefes, ni credos religiosos, ni credos políticos, ni credos artísticos. Caravana de transeuntes en el desierto de nuestra patria, cada soldado será un general y cada general un soldado. "Pluma y Lápiz" pretende ser apenas una carpa común que nos cobije del hiello de las noches, tan pobre que su techo estará abierto y desgajado, y tan rica que por esa abertura contemplaremos las estrellas y el infinito.

Y pueda que nuestros cantos, unidos en una misma admiración y separados por su marcada personalidad, formen una poderosa sinfonia orquestal, salvaje y ruda, como nuestros bosques y nuestras costas; solemne y religiosa como las montañas andinas que nos han enseñado á orar; plácidamente dulces como los paisajes idílicos de las campiñas chilenas!



Valparaiso, 1.^a semana de julio de 1912.

Tanto tiempo y tantas cosas han pasado sobre esta Ciudad de la actividad y el mercantilismo, qué mal podríais reconocerla aquí, aun cuando fuera el mismo «Jhon Pencil» el que reanudara sus crónicas de PLUMA Y LÁPIZ.

El terremoto arrasó, como sabéis, con todo lo más característico de la ciudad, y luego vinieron los Hombres Buenos á rectificar su plano de acuerdo con el último modelo europeo ó norteamericano. En las calles trazadas á compás van surgiendo los edificios de hierro, esqueléticos, rígidos, negados á toda jactancia y á toda bella inutilidad. Bajais del tren, y al internaros por algunas de esas avenidas del Almendral, sentireis asombro ante lo vasto de su perspectiva; pero lo que va quedando vecino á vosotros aparecerá mezquino y negro: el conjunto tiene cierta grandiosidad que el detalle hace desaparecer.

Quizá cuando los árboles broten en las tazas de la acera; cuando sus hojas otoñales rueden por el pavimento con su quejido secreto, el alma huérfana de los poetas encontrará de nuevo un rinconcillo donde soñar. O han de lucir en los balcones, ya perdido su aspecto flamante y desnudo de la huella humana, los tiestos de flores matizadas con los más vivos tonos de nuestra Primavera; y entre las corolas alguna mano ensortijada y perdido entre la reja un brazo desnudo que se dobla sobre las plantas arrojándoles el rocío del riego...

¡Visiones fugaces y misteriosas que siguen al transeunte, mezclándose á las imágenes de su fantasía! Volverán un día tal como asomaron por los vericuetos de los barrios viejos; como han salido á nuestro paso en los pueblos de provincia, tras alguna celosía de calle solitaria, dormida en la melancolía enervante de la siesta.

Ya lo hemos vuelto á ver una tarde en una plazuela dejada como al descuido, en un rincón al pié de los cerros, por los terribles jeómetras de la reconstrucción. El vago y el curioso caen allí como las aristas en el remanso que sigue al torbellino de la cascada. El estruendo de la gran ciudad, con su hormigueante ajeteo, parecen separados por el vasto desierto.

Pero la urbe cosmopolita está allí, en realidad, con el tranvía y el carruaje que rueda velozmente, los grupos que se atropellan; el vendedor vociferando su

mercancía, la fábrica arrojando por los respiraderos de sus sótanos el rumor sordo ó estridente del hierro ó el vapor.

En el retiro de uno de esos rincones he sorprendido una tarde de este invierno esa escena evocadora del pasado de que os hablo. La plazuela algo sombría por el enclaustramiento de los viejos caserones, gozando de la penumbra discreta en que gustan sumirse las cosas, como los seres ya gastados por los años. El empedrado se festoneaba de un musgo verde-oscuro, mientras que de los desvencijados ventanales de los altos colgaban guías de yedra y marchitas enredaderas. En un portal, un zapatero batía sus suelas al compás rotundo del martillo, y aquel ruido claro y constante iba á estimular las facultades de un canario pendiente en una jaula del umbral.

Era un trozo de vida lugareña trasplantado en medio de la ciudad europeizada, ó mejor, en un rincón olvidado por su misma modestia en el asolamiento de la ciudad antigua. Muy lejos de aquí, pero en realidad bien cerca, quedaba lo que es agitación en las multitudes y en el pensamiento, las hileras de seres atropellados y las ideas precisas como guarismos, para dejar espacio á la meditación que aman la paz y el recogimiento. Y era con todo esto un deseo inefable de no esperar nada, de no querer nada, allá inmóvil, con los ojos semi cerrados, sintiendo deslizarse la vida con ese ritmo lento y monótono de retiro aldeano...

De repente, una puerta se abrió, y del fondo oscuro del interior surgió una forma monstruosa, que salvó velozmente la penumbra hasta mostrar su caparazón de metal, de líneas sin gracia que denunciaban el vehículo de la moderna elegancia. Se vá hácia los barrios aristocráticos, para volver por la noche á su cubil, enronquecida su voz por el polvo de los caminos, infestando el aire embalsamado poco antes, con su resuello de criatura mecánica.

En torno de su silueta parecían danzar todavía las imágenes de esa vida intensa hecha de músculo y cálculo, estimulante y agotadora, terrible y atrayente como el luchar y el vencer.

E. MONTENEGRO.